

El Efecto Malthus: población y gobierno liberal de la vida¹

The Malthus Effect: population and the liberal government of life

Mitchell Dean

Copenhagen Business School (Dinamarca)

Traducción de Ana Belén Aznar Carrasco

RESUMEN

Este trabajo identifica e investiga lo que se llama el Efecto Malthus desde dos perspectivas: una teórico-genealógica y la otra empírico-diagnóstica. La primera se relaciona con las implicaciones de la genealogía de M. Foucault y su idea del gobierno moderno. La segunda, sugiere que las preocupaciones de Malthus tienen una influencia que está presente en la política reciente y contemporánea. En ellas encontraremos un gobierno de la vida que asocia la cuestión de la pobreza con la población, como un problema tanto nacional como internacional, y relaciona la biopolítica con asuntos de seguridad nacional siendo a la vez una fuente clave en el moderno movimiento ambientalista; el cual permanece presente en áreas como reformas en prestaciones sociales y política de inmigración así como en cuestiones de sostenibilidad y el sistema social de salud. En este caso, toma la forma de *genopolítica*, una política de la capacidad reproductora de las poblaciones humanas y de la especie humana.

PALABRAS CLAVE: población, biopolítica, genopolítica, sostenibilidad, seguridad, pobreza

ABSTRACT

¹ Este texto ha sido publicado en inglés en la revista *Economy and Society*, volumen 44, nº 1, febrero de 2015, pp. 18-39.

This paper identifies and elucidates what it calls the Malthus Effect from two perspectives: a genealogical-theoretical one and an empirical-diagnostic one. The first concerns its implications for Michel Foucault's genealogy and conceptions of modern governmentality. The second suggests that Malthusian concerns have an enduring presence in recent and contemporary politics. In them we find a government of life that tethers the question of poverty to that of population, as both a national and international concern, links biopolitics to questions of national security and is a key source of the modern environmental movement. It remains present in areas such as welfare reform and immigration policy, notions of sustainability and in the global public health and environmental movements. It takes the form of a genopolitics, a politics of the reproductive capacity of human populations and the human species.

KEY WORDS: population, biopolitics, genopolitics, sustainability, security, poverty

La expresión "gobierno de la vida" nos lleva al corazón del cambio de problemática sobre el poder que llevó a cabo Foucault a mediados de los años 70. Foucault elevó para luego súbitamente abandonar el término "biopoder", poder sobre la vida, y también "biopolítica"; relacionándolo como él mismo señaló con los "mecanismos de seguridad que han de ser instalados en relación con los elementos fortuitos inherentes a una población de seres humanos para optimizar su calidad de vida" (2003: 246). Nosotros sabemos que esos mismos fenómenos van a ser muy pronto renombrados como gobierno y arte liberal de gobierno. En una nota al pie, Foucault dice que de ahora en adelante la biopolítica "va a ser parte de algo mucho más grande... este nuevo gobierno lógico" llamándolo liberalismo (Foucault 2008: 22). Sin embargo, después, afirma que este gobierno lógico no puede ser reducido a la biopolítica. Por ello, desde la perspectiva del liberalismo, estos "problemas biopolíticos" que son "característicos de un grupo de seres vivientes que forman una población", "asumieron la forma de un reto" (Foucault 2008: 317). El problema de la biopolítica desde ahora no es el conjunto de la vida bajo el poder moderno sino cómo conseguir la exigencia de optimizar la vida en relación con los derechos del sujeto y la existencia de la "libertad de iniciativa individual".

Sería un error, sin embargo, asumir que el gobierno de la vida alcanzó una formulación satisfactoria; durante sus conferencias de 1978, Foucault defiende que hay un cambio verdaderamente importante en el siglo XVIII, el cual nos

lleva muy lejos del problema de Maquiavelo, el cual consistía precisamente en cómo garantizar que el poder del monarca no estuviera amenazado, o en cualquier caso, cómo mantener a raya, con toda seguridad, las amenazas (Foucault 2007: 65). El cambio es hacia un problema completamente diferente; el problema no es más asegurar y delimitar el territorio sino permitir la circulación en un modo en el que los daños inherentes a esta sean eliminados. En resumen, este cambio es crucial para entender el gobierno liberal: “ya no se trata de la seguridad del Príncipe y su territorio, sino de la seguridad de la población y, consecuentemente, los que la gobiernan” (Foucault 2007: 65).

Desgraciadamente, hay cuestiones como si *El Príncipe* de Maquiavelo a principios del siglo XVI y el concepto de población a finales del siglo XVIII pueden actuar como las señas de época que Foucault necesita en su caracterización del gobierno emergente. En este artículo, sólo abordaré la parte de la moneda relativa a la población (ver Dean 2013: 72-75). El principal punto de la investigación no es, sin embargo, identificar los errores historiográficos en el discurso de Foucault, sino desarrollar un marco de trabajo analítico apropiado para el estudio del gobierno de la vida que sirva para explicar las formas contemporáneas de gobierno. Para hacer esto, mantengo que tenemos que repensar el concepto de gobierno liberal en Foucault. Abandonando el *paradigma* de Malthus y su concepto de población, Foucault pierde la oportunidad de situar el gobierno de la vida, no sólo en el gobierno de la vida clásico, sino en el contemporáneo. Más aún, Foucault investigó el gobierno liberal que tomó la población como su objetivo no mucho después de que EEUU y organizaciones internacionales estuvieran en el momento de lo que Thomas Robertson (2012) ha llamado “momento maltusiano”. Este momento dio a luz el moderno movimiento ambiental, dentro del cual la superpoblación devino el prisma según el cual se veían asuntos como la pobreza global, el desarrollo económico, la seguridad nacional y la inmigración (Conelly 2008; Greene 1999).

La primera parte del ensayo discute las consecuencias de reinsertar el “efecto Malthus” en la genealogía del gobierno liberal (Dean 1991: 87-105). La segunda, aborda el modo en el que cuestiones sobre la población y la pobreza, la reproducción y la subsistencia, llegaron a ser clave en la biopolítica, la geopolítica y la política ambiental en el siglo XX. El artículo concluye con las consecuencias para el gobierno contemporáneo de las democracias liberales.

EL EFECTO MALTHUS

Foucault contrasta la seguridad del Príncipe y su territorio con la seguridad de la población. La formación de la población como dominio público es, por tanto, crucial en la caracterización sobre el novedoso arte de gobierno que emerge al final del siglo XVIII. El concepto de población fue central en la definición de “biopolítica de la población” y su diferencia respecto de la “anatomo-política” del cuerpo. Siendo igualmente importante en su aproximación al gobierno. La doble dimensión de la población como objeto de conocimiento y como objeto de gobierno; ambas suponen, por un lado, el “umbral de la modernidad occidental” (1979: 143) y la “era del gobierno” (2007: 109).

En *Seguridad, territorio y población* (2007: 67-73), Foucault mantiene que al nivel de sus procesos, regulaciones, costumbres e historia, la población supone una naturaleza hacia la cual el soberano debe aplicar técnicas de gobierno, las cuales suponen un cierto límite para su ejercicio del poder. Es en este contexto en el que Foucault menciona, por única vez en estas conferencias, la contribución de Thomas Robert Malthus señalando el contraste entre “el problema bio-económico” de la población y el postulado de la lucha de clases de Karl Marx (Foucault 2007: 77). “Maltusiano” es un adjetivo usado en la expresión “pareja maltusiana” en *La historia de la sexualidad I* (Foucault 1979: 105). El nombre aparece en *Las palabras y las cosas* (Foucault, 1970: 257) donde, como ahora indica Foucault, el principio de población maltusiano actúa como “el operador de transformación para la transición del análisis de la riqueza a la política económica” (Foucault 2007: 78).

Tenemos que señalar el fracaso de Foucault para reconocer la contribución de Malthus en toda su profundidad. Malthus es no sólo crucial como el paradigma del gobierno de la vida que emerge a finales del siglo XVIII, sino también porque el giro para regular el crecimiento de la población como una aspiración global alcanzó, de acuerdo con historiadores recientes, su cumbre precisamente durante los años de las conferencias de Foucault sobre la biopolítica y la gubernamentalidad.

Desde la primera de sus muchas ediciones, el *Ensayo sobre el principio de la población* de Malthus, propone una necesidad bio-económica que luego será fundamental para las ciencias económicas y la práctica del gobierno. Esta necesidad descansa en la relación ontológica del hombre con la naturaleza. Malthus señala un desequilibrio ontológico en las leyes de la vida, esto es, entre el índice de crecimiento de la población y el del crecimiento de los medios de subsistencia. Para él, la naturaleza no es por ella misma fuente de penuria; de

hecho, no es necesario asumir sus límites. Al contrario, debido a que “el poder de la población es un poder de orden superior, el aumento de la especie humana sólo puede ser mantenido con el aumento proporcional de los medios de subsistencia por la acción constante de la ley de la necesidad actuando como verificación del poder mayor” (Malthus 1982: 76). Para Malthus el problema de la escasez es radicalmente distinto del que Foucault encontró en la inseguridad de los fisiócratas, el cual es un problema de dejar la ley de la oferta y la demanda como ajustada al proceso del mercado (2007: 41-42). El problema de Malthus, por el contrario, es el de un conflicto fundamental entre los seres humanos y la naturaleza en un espacio limitado que necesariamente conduce a la guerra, la epidemia y la hambruna, o más generalmente, a la delincuencia y la miseria. La economía, a este respecto, como la ciencia de los medios escasos, ha sido siempre una ciencia del lugar del hombre en la biosfera.

Esto tiene consecuencias importantes para la noción del “evento”. El “evento” es no sólo, en las conferencias de Foucault, un contingente y aleatorio proceso que se puede tratar con la regulación de procesos cuasi-naturales, esto es, el modo en el que la escasez se regula con la fluctuación de la oferta del grano en relación con el precio. El evento, en esta forma catastrófica, es inscrito por Malthus dentro del principio de población y esto implica el desequilibrio del poder entre la procreación humana en relación con el del crecimiento de los medios de supervivencia. Esto se explica en “la dureza de la vida salvaje” (Malthus 1804: 22) de la gente indígena de Australia, América y el Pacífico, que Malthus encuentra descrito en los textos de colonizadores y exploradores. Esta vida salvaje es caracterizada por “la holgazanería e indolencia del salvaje” y las “bárbaras y extrañas costumbres” que incluyen un tratamiento cruel y violento hacia las mujeres, el infanticidio de hijos, guerras asesinas, canibalismo y susceptibilidad de epidemias (1804: 15-36). Una causa clave de guerra aquí es el movimiento y apropiación de la tierra en una sociedad cazadora-recolectora. Como Ute Tellman ha demostrado impecablemente, la vida salvaje es una especie de manifestación permanente de catástrofe como resultado de su inmediatez, el disfrute de la abundancia temporal y la falta de contención reproductora y de falta de consideración del futuro. La otra manifestación del evento del principio de población es la pobreza doméstica, que se genera sin la suficiente previsión de los recursos –medios de supervivencia– necesaria para mantener su descendencia, particularmente cuando se administra esperando la certeza de bienestar público, y sin suficiente atención a la “industria” requerida para adquirir esa subsistencia. De hecho, el alivio público de los pobres recrea las condiciones de abundancia primitiva de la que gozan los salvajes.

El primer componente del Efecto Malthus es, por tanto, una *biopolítica de la población* definida por su interconexión con un concepto general de la vida de la población humana con formas singulares de vida: la vida salvaje del nativo, la vida sin previsión del indigente pobre, la vida industriosa del trabajador independiente y la vida civilizada que éste último hace posible. Estas singulares formas de vida están conectadas en un continuum temporal, pero mientras la vida salvaje y civilizada coexisten en el mismo presente, lo hacen en diferentes temporalidades: una atrapada en la inmediatez, la otra orientada al futuro. Y la vida indigente, dependiendo de las ayudas sociales, es una de “las grandes causas que brindan a una nación el crecimiento, el estancamiento o su hundimiento”, amenazando su posición en el continuum temporal (Malthus 1804: 251).

El segundo componente es que el principio de población no permanece como un horizonte ideal sino que forma parte de la política económica y del gobierno económico. La pieza central de la teoría política económica clásica –David Ricardo con su teoría del arrendamiento (1951)– está basada en la narrativa de la diferencia en la productividad de las tierras cada vez menos fértiles llevadas al cultivo por el principio de población. Esto significa que la escasez ontológica se inscribe en las premisas de la política económica clásica. Las leyes de la vida son, por tanto, una condición de posibilidad del conocimiento económico, el cual, como señala Foucault, es la pareja dialógica del gobierno. Pero las nociones de población y escasez aquí son bastante diferentes de las que Foucault encontró en los fisiócratas y Adam Smith. Bastante inexplicable es que Foucault en sus últimas conferencias, parece haber olvidado sus propios hallazgos en *Las palabras y las cosas* cuando, después de relacionar a Malthus con Ricardo, él mismo subrayaba precisamente esta diferencia:

El Homo oeconomicus no es el ser humano que representa sus propias necesidades para sí mismo, y los objetos capaces de satisfacerlas; el Homo oeconomicus es el ser humano que gasta, despilfarra y pierde su vida en la inmediatez de la muerte” (Foucault 1970: 256-257).

En otras palabras, el *homo oeconomicus* de la economía política clásica no es el *homo oeconomicus* como sujeto de interés tan central para la narrativa de Foucault sobre el gobierno liberal emergente. La armonía coincidente de la representación de interés en el mercado de intercambio señala la economía como una ciencia. Esto último, en cambio, puede ser encontrado en la noción de

producción o el duro trabajo y los problemas que supone la limitada vida humana en tierras cada vez más infértiles en un espacio confinado.

Este segundo componente del Efecto Malthus indica la relación entre la biopolítica de la población y lo que puede ser llamado *bio-economía de la escasez*. El tercer componente, siguiendo a Alison Bashford (2012: 102), es que la lucha para producir recursos implica tierra, espacio y territorio. Como ella señala, para Malthus “los determinantes de la población eran en el fondo la tierra y el espacio... Había una lucha permanente por el espacio y la comida, y él podría haber llamado la lucha por la vida *espacio Lebensraum*”. Más que la emergencia de la población desplazando al territorio, la misma noción de población, tal como fue enunciada por su progenitor más famoso, estaba inexorablemente ligada a la apropiación de la tierra y el establecimiento en el territorio (p. ej. Malthus escribió en contra del “derecho de exterminio”). Más aún, advirtió que si EEUU continuaba su crecimiento de la población, “los indios van a ser llevados cada vez más de vuelta al campo hasta que la raza total será, en última instancia, exterminada y el territorio incapaz de mayor extensión” (1804: 5). Más que un movimiento del territorio a la población en el arte del gobierno, tenemos una tríada de fertilidad humana, recursos escasos y espacio confinado. Así que, no sólo señala Malthus una *biopolítica de la población* y una *bio-economía de la escasez*, sino también una *biogeografía del territorio*.

Pero el Efecto Malthus no permanece simplemente a nivel de práctica discursiva; el cuarto componente es su relación con el arte liberal del gobierno emergente. El cual tiene dos caras: una relativa al gobierno interno, la otra al gobierno colonial. En primer lugar, la opinión de Malthus es un ideal programático para la reforma de aquellas prácticas que animan a la población a reproducirse sin tener en cuenta sus medios de subsistencia, concretamente las ayudas sociales en Inglaterra y Francia (Dean 1992; Poynter 1969; Procacci 1978 y 1993). A este respecto, el Efecto Malthus es central en la definición de la correcta y por género forma de vida de los que no poseen nada (Dean 1991). Esto está relacionado con “el trabajador independiente” que es gobernable siempre que él sea responsable de él mismo, su mujer o la madre de sus hijos, y sus hijos; este no puede esperar ayuda social para hacer eso.

En segundo lugar, el rol de Malthus en el arte de gobierno liberal-colonial merece la pena ser comentado (Bashford 2012: 99-102; Flew 1982: 14). Hay también más referencias de Malthus respecto de la vida de los salvajes encontradas en sus viajes por Cook, Vancouver y Laperouse y los informes de magistrados y colonos. Pero el círculo entre teoría y práctica se completa con su

cita de la primera cátedra británica de política económica en Haileybury Collage (Profesor de Historia general, política y de comercio), establecida por la Compañía Británica del Este de la India en el propósito de entrenar durante dos años a la administración colonial.

Cualquiera que sea la evaluación se hace de su impacto continuo, y los académicos han establecido en décadas recientes que el principio de Malthus ha redefinido fundamentalmente antiguas definiciones sobre la población (Dean 1991), entrando en las condiciones de emergencia de la economía política clásica (Tribe 1978) y, por consiguiente, la primera ciencia económica establece ciertos parámetros clave para la transformación de las ayudas sociales y la flantropía en más de un contexto nacional (Dean 1991), jugando un papel fundamental en la formación de los administradores coloniales (Bashford 2012). Para nuestros propósitos, esto indica una política económica en concordancia con el arte liberal del gobierno (Foucault 2007: 251) muy diferente de la que Foucault propuso en sus conferencias sobre la gubernamentalidad. De hecho, nosotros tenemos dos paradigmas del arte de gobierno liberal. Uno de ellos, que busca gobernar a través del sujeto libre de interés, tenemos un arte de gobierno (dirigido a los pobres, indigentes, los nativos y el salvaje) que busca gobernar mediante la prudencia de la vida civilizada, o un sujeto capaz de previsión y visión de futuro, que pretende llevar el cuerpo de este sujeto creador y proactivo, su concupiscencia y su reserva, su fertilidad e infertilidad, su capacidad de previsión o la falta de ella, a tomar partido. Por un lado, un sujeto libre deseando mejorar su propia condición; por otro lado, un sujeto responsable, que vive en un espacio confinado, limitado en recursos, preso de su fertilidad y estimulado por el miedo a evitar un resbalón que le lleve a la miseria. Junto a una forma de conocimiento de las regulaciones naturales y necesarias del mercado que presentan una limitación al gobierno y trabaja mediante la persecución del interés propio, puede encontrarse pues una ciencia de la economía en la que la escasez fundamental puede manifestarse en eventos recurrentes y catastróficos como la guerra, la epidemia, la hambruna y la catastrófica vida del salvaje.

Foucault estaba en lo cierto al considerar el liberalismo como una forma de gobierno preocupada por sus propios límites. Pero es también demasiado evidente que los límites *externos* del liberalismo, procedentes de las mismas leyes de la vida –los límites de los recursos, de subsistencia, del espacio, o lo que podría ser llamado “bio-capacidad”, o también “capacidad de carga”–. Una de las ventajas analíticas del segundo paradigma de gobierno liberal es que muestra que este gobierno se basa en una concepción de la vida según la cual la economía es, de hecho, una ciencia de la vida y que los objetivos del gobierno liberal afectan a

varias y diferentes formas de vida que se encuentran entre las poblaciones. La vida es todo menos secundaria para las formas de gobierno liberal.

Hay aún un argumento más amplio a tener en cuenta respecto el continuo prestigio en el presente de esos decisivos momentos identificados por la genealogía. Para nuestro propósito, el principio de población representa un paradigma –en Thomas Kuhn, el segundo sentido del término es “ejemplo compartido” o “ejemplares logros del pasado” que pueden funcionar en ausencia explícita de normas (1996: 175; Agamben, 2009: 11-12)–. Es un paradigma para una forma de gobierno de la vida particularmente dominante en las últimas dos centurias. Y si este gobierno de la vida encaja con una definición estricta de la palabra “liberal”, éste es practicado por las democracias liberales y por políticos progresistas que se consideran a sí mismos liberales. De hecho, el liberalismo representa un paradigma en este sentido tanto para la economía como para la biología evolucionista. Tanto Ricardo como Darwin lo consideran como tal: uno, como ejemplar de los procesos que ofrecen una explicación sobre el arrendamiento, el otro, como patrón de la permanente lucha por la vida (e. g. Darwin 1958: 120). Como tal, el paradigma ocupa su lugar entre las demostraciones teóricas de la economía y la teoría de la evolución; y lo que podría ser llamado una zona de indistinción entre la biología y la economía. Más aún, el liberalismo coloca lógicas anticipatorias de gobierno visto que hay catástrofes inminentes en el corazón de la genealogía del gobierno de la vida (Aradau y van Munster 2011). Para nuestro propósito, el principio de Malthus sobre la población está en relación con el gobierno de la vida en el mismo sentido que el Panóptico puede decirse que está en relación con las técnicas modernas de vigilancia o “el campamento” en relación con el tratamiento que reciben los ciudadanos rechazados por los Estados-nación, esto es, mientras ello no agote el gobierno de la vida, permanece como ejemplar de ciertos aspectos del mismo y, de hecho, hace su desarrollo posible.

Nada de esto debe entenderse como implicando que el concepto y el discurso sobre la población permanece constante a lo largo de los dos siguientes siglos. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que la población experimenta cambios cruciales incluso en el siglo XIX. La noción de especie, variación individual, impacto medioambiental, conllevan un importante cambio en el concepto de la población en Darwin, en el imperialismo social y después, en la eugenesia de Galton (Rose 1985: 65-8). Sin embargo, un paradigma no descarta la innovación: es, de hecho, lo que lo hace posible. La doctrina de Malthus resultó un modelo reconocido tanto por Darwin como para Wallace, y un punto de referencia para

Galton respecto a la cuestión de los efectos en el retraso de la edad de casarse y la procreación (Rose 1985: 65, 79).

De hecho, es posible seguir la genealogía de la población después de Malthus a través del arco en el cual Darwin es una figura clave, la cual ha sido relativamente ignorada en los trabajos inspirados por Foucault (pero ver Dean 2010: 161-3; Rose 1999: 115-18). Este es un camino que podría llevar a modelos evolucionistas dentro de la sociología, fundamentalmente asociados con Herbert Spencer; la preocupación por los temas de la decadencia y la degeneración (Morel) y la defensa de la eugenesia negativa (para reprimir a los incapacitados) y la eugenesia positiva para las mejoras medioambientales e higiénicas llevadas a cabo por sociólogos británicos de la época victoriana. A lo largo de este trayecto, la población reproduciéndose a sí misma a lo largo de generaciones va a estar ligada, no con la capacidad de la especie sino con la “raza”. La raza, de hecho, introduce una cesura en la población, como Foucault observó (2003: 254-255), y es aquí donde las potencialidades para la acción gubernamental toman posición: para prevenir la degeneración de la nación como raza, o para asegurar la reproducción de los más aptos o la raza más apta de entre las poblaciones. No hay duda de que el Efecto Malthus puede ser encontrado aquí también. Sin embargo, dado el reconocimiento generalizado y el descrédito del proyecto eugenésico, parcialmente basado en su afinidad con el régimen Nazi y sus nociones y prácticas de higiene racial, la presente investigación se mantendrá más cerca del corazón de la preocupación de Malthus por el crecimiento de la población. Esto es, como ser verá, no sin implicaciones para los diferentes gobiernos de poblaciones localizados geográficamente.

El principio de población de Malthus es un lugar de innovación con claves epistemológicas y efectos gubernamentales en el siglo XIX. Traer el Efecto Malthus a nuestra genealogía de la gubernamentalidad es replantear cómo debemos pensar la Modernidad y el gobierno liberal de un modo más amplio. Ahora volvamos a la limitada cuestión del maltusianismo a lo largo de los últimos cincuenta años y la cuestión más amplia sobre la conceptualización de las formas contemporáneas de gobierno en y por las democracias liberales.

MOMENTOS MALTUSIANOS

Sería difícil sobreestimar el alcance de los impactos que tanto los movimientos neo-maltusianos como las discusiones que tuvieron lugar en el siglo XIX en áreas tan diversas como la política social nacional, el desarrollo internacional, la ayuda económica, el control de la natalidad y la planificación familiar, la seguridad

nacional y temas relacionados con la inmigración y, por último, el movimiento ecologista de después de los años 60. Los historiadores del pasado reciente se han acercado al malthusianismo de modos muy diversos y a la vez prácticamente complementarios. Thomas Robertson (2012: 1, 7) lo considera como un conjunto de tesis fundamentalmente pesimistas sobre la población; los recursos, relacionando poblaciones geográficamente muy diferentes con preocupaciones sobre la producción de comida, el control de la natalidad y la tecnología, que fue decisivo en el cambio del antiguo movimiento de conservación al moderno ecologismo. Ronald Walter Greene lo considera como un “aparato de gobierno” (lo que después los foucaultianos vendrían a llamar “dispositivo de población”), que relaciona la conducta de reproducción, la población y las dinámicas de recursos a lo largo de distintos espacios dentro de una red de expertos (1999: 4-5). Para Matthew Conelly (2008: 9-10) es una red transnacional y un movimiento de expertos, a menudo situados en organizaciones internacionales (e. g. Planificación Familiar Internacional) y cuerpos filantrópicos (e. g. Las fundaciones Rockefeller y Ford), que incluye a los activistas de control de la natalidad y algunas destacadas feministas; todos ellos llevaron a cabo un cierto tipo de biopoder imperial sobre gente pobre y a menudo racializada. Mientras se toma inspiración en estos historiadores a la vez que se reconoce la complejidad del asunto, este artículo considera el malthusianismo como un paradigma para la problematización recurrente de la fertilidad humana y la procreación dados los recursos limitados y un espacio reducido. Los tres temas clave son: población y riqueza, población y seguridad nacional y población y medio ambiente.

LA POBREZA ENGANCHADA A LA POBLACIÓN

Después de Malthus, la población estaría irrevocablemente ligada con la pobreza. Planteando la relación fundamental entre el crecimiento de la población y los modos de subsistencia, Malthus aseguró un vínculo entre el crecimiento de la población y la pobreza, definida ésta como lo que después sería llamado en términos “absolutos”: la condición de aquellos que carecen de los medios necesarios para su supervivencia física. La transformación clave que se llevó a cabo en la segunda parte del siglo XX fue que ese vínculo ya no era una simple cuestión nacional sino un asunto internacional. Después de la Segunda Guerra Mundial, la población ya no era imaginada y referida dentro de cada una de las naciones sino *entre* todas ellas (Hodges 2012: 120).

Hemos señalado que el gobierno colonial estaba entre las condiciones del principio de población de Malthus. Durante la segunda mitad del siglo XX, las

preocupaciones sobre la superpoblación se convirtieron en el marco moral y en el lenguaje en el que los programas gubernamentales buscarían controlar a la gente pobre globalmente en sus relaciones más íntimas y a través de técnicas de control de la natalidad, o bien inimaginables o repugnantes para Malthus. Estas irían desde aparatos intrauterinos a mecanismos de aborto manual pasando por la esterilización. Mientras que la eugenesia y las políticas nazis de higiene racial son indudablemente el apogeo de la cara monstruosa de la biopolítica, nosotros no debemos descuidar la cuestión del control global de la población en los años 60 y 70, especialmente en lugares como India (Hodges 2004).

El camino por el cual esto ocurrió puede parecer en un primer momento que margina las preocupaciones maltusianas. En los Estados Unidos una variada coalición de fuerzas compuestas por nativistas proponiendo restricciones a la inmigración, defensores de la eugenesia, el movimiento de control de la natalidad y científicos de la población, fundaron la *Asociación de Población de América* en 1931 (Greene 1999: 43-6). Sin embargo, en un par de décadas, la demografía quedó establecida como una disciplina académica basada empíricamente, lo que abrió una fisura entre los estudiosos de la población y los escritores populares sobre la población. Como las cifras de fertilidad en EEUU y la mayoría de los países occidentales declinó durante la Gran Depresión, los demógrafos fijaron su atención en las diferentes cuotas de fertilidad entre occidente y el resto del mundo. Un hallazgo crucial de este trabajo comparativo durante los años 40 fue una teoría sobre el crecimiento de la población llamado “la transición demográfica” (Greene 1999: 47). Esta teoría conectaría el índice de fertilidad, el crecimiento de la población y el desarrollo económico. Conforme ocurre esto último, las cifras de mortalidad bajan y continúa en esta línea con los avances en el cuidado médico y en salud pública. Algún tiempo después, las cuotas de natalidad también lo harán. Conforme los índices de mortalidad se convierten en algo más difícil de conseguir, “el índice de natalidad” acerca de nuevo la igualdad al índice de mortalidad, mientras que un índice de crecimiento más gradual se restablece con, no obstante, un bajo riesgo de mortalidad y familias poco numerosas como patrón típico (Coale & Hoover 1958: 13). Los índices de natalidad son ahora el resultado de la suma de decisiones voluntarias más bien que de la costumbre y la tradición y pueden fluctuar dependiendo de las circunstancias y, de esta manera, se aproximan a la situación de los países desarrollados. Los eugenetistas y los nativistas habían sido marginados y la demografía entró en una nueva alianza con el desarrollo.

Las preocupaciones maltusianas por el control de la población también parecen mitigadas si el crecimiento de la economía más que el control de la población era

la solución a largo plazo para la pobreza global. Sin embargo, para la primera conferencia en Naciones Unidas sobre población mundial congregada en Roma en 1954, la transición demográfica se encontró con el “escollo demográfico” (Greene 1999: 68-69). Considérese que en la tesis de la transición demográfica, no hay especificación sobre lo que ocurre durante el retraso temporal entre el decrecimiento de los índices de mortalidad y el decrecimiento de los de natalidad. Ahora podría afirmarse que las dinámicas de modernización espaciales y temporales, ya sean fomentadas por la ayuda económica occidental o no, dejarían atrás el ritmo por el cual las naciones con bajos ingresos podrían absorber población adicional y así, actuar como retardante en el crecimiento económico. El problema sobre la población ya no era el crecimiento agregado en poblaciones nacionales o incluso globales, sino que se refería al índice de crecimiento de la población en lo que vendría a llamarse “subdesarrolladas”, y más tarde naciones “menos desarrolladas”. El problema de la población estaría basado en una distinción espacial (entre Norte y Sur) dispuesta en un continuum temporal de desarrollo. Según Coale y Hoover (1958: 17), esto reintrodujo el “argumento clásico malthusiano” en el corazón del debate sobre el desarrollo de las sociedades fundamentalmente agrarias. Contemporáneamente, Philip Hauser (1958: 13-14) señaló que “la mayoría de estudiosos de la población en países occidentales habían adoptado una posición neo-malthusiana que veía los índices reducidos del crecimiento de la población como aspectos esenciales de avances sociales y económicos a largo plazo en las sociedades agrarias densamente pobladas del mundo de hoy”. Cuando Malthus había introducido la distinción entre aquellas poblaciones que viven en la inmediatez del presente y las que son capaces de previsión para organizar sus familias, el encadenamiento de la población al desarrollo distinguió entre aquellos para quienes la reproducción sería voluntaria de aquellos otros cuya reproducción estaba fatalmente arraigada en las costumbres y la tradición.

Había diferentes permutaciones de la transición demográfica y los teoremas del “escollo” en los años posteriores. Esto último convertiría en una razón a favor del control de la población a través del plan familiar como una condición del desarrollo económico, particularmente durante la administración Johnson en EEUU, situando en el foco de atención las causas de la crisis de alimentos India de mediados de los años 1960 (Greene 1999: 77-83). Dos amplias fuerzas políticas se pudieron distinguir entonces: la coalición recién formada de naciones asiáticas, africanas y latinoamericanas, el Grupo 77, la cual relacionó problemas de desarrollo económico con los problemas del colonialismo y su vestigios; y los Estados Unidos y el Occidente capitalista de otro (como señalamos hay una

“presencia ausente” de la Unión Soviética y sus aliados en este debate sobre desarrollo). Las dos fuerzas entraron en conflicto y luego en un mutuo acuerdo entre las Conferencias sobre Población Mundial en 1965 (Belgrado) y 1974 (Bucarest), conduciendo al Plan de Acción sobre Población Mundial. La Conferencia de Belgrado había sido testigo de la inserción de la planificación familiar en los discursos sobre desarrollo, y para 1974 los EEUU habían llegado a ser los líderes mundiales en la distribución de servicios de planificación familiar. Por otro lado, el Plan de Acción buscó reafirmar la primacía del desarrollo económico sobre el control de la población y reclamó las tesis de la transición demográfica y la primacía de las desigualdades globales en lugar de la superpoblación. Sin embargo, la planificación familiar se mantuvo como elemento central incluso en las estrategias económicas que ponían el desarrollo en primer lugar y sirvió no a una sino a dos funciones. Abriría el desarrollo económico bajando el índice de nacimiento, y por tanto, el crecimiento de la población; pero también sería un medio para el cambio cultural. Este término engloba la idea de que las subjetividades de la gente en países menos desarrollados necesitaba ser desarraigada de la costumbre y la tradición para que ellos pudieran ser capaces de tomar sus propias decisiones sobre el tamaño de sus familias. El control de la población sería llevado a cabo a través de la elección autónoma de los sujetos, con la condición de que ciertas poblaciones deben, en primer lugar, aprender cómo ejercitar tal libertad. En este sentido, incluso las medidas más drásticas tendían a tomar parte en la retórica de la participación voluntaria más que la esterilización coercitiva.

Estos no fueron simplemente los planes y programas de una élite transnacional de políticos y activistas. Tuvieron sus consecuencias materiales y tomaron formas tecnológicas. El número de hombres y mujeres sujetos a la esterilización oficial voluntaria sólo durante el último año del período de Emergencia de la India (un estado de emergencia de veintiún meses durante junio de 1975) asciende a 8.300.000 bajo un programa de campos de esterilización supervisados por Sanjay Gandhi y fundados por el gobierno central (Abú & Sharma 2006: 14). Cuando se enfrentan con la evidencia de la inesperada tasa de complicaciones asociadas con aparatos como el DIU, el comité internacional y los planificadores advirtieron que era necesario pensar en términos de “distribuciones masivas”, mejor que en términos de bienestar individual de cada paciente (Johns & Fairchild 2011: 99). Y, si “seguimos la tecnología”, encontramos que el dispositivo de plástico usado en EEUU para el aborto manual, producidos masivamente (la “aspiradora manual de vacío”) y promovidos por la Agencia Internacional de Desarrollo de los EEUU (USAID) a principios de los 70, tuvo su prototipo experimental en China en los

50 en la medicina rural, a menudo practicada sin electricidad ni personal médico adecuado (Murphy 2010: 73). Más aún, algunas feministas defendieron el uso de esos mismos dispositivos como una manera de romper el monopolio de la profesión médica sobre los cuerpos de las mujeres en occidente. Y su producción en masa llevó al Senador Jesse Helms a intentar prohibir el uso de dinero de EEUU para financiar abortos en el extranjero (Connelly 2010: 86-7).

SEGURIDAD INTERNACIONAL A TRAVÉS DEL CONTROL DE LA POBLACIÓN

En la segunda mitad del siglo XX lo que estaba en juego podría ser descrito menos como la seguridad de la población que como la creación de una seguridad nacional a través del control internacional de la población. Influyentes defensores en los años 50 ya habían relacionado la población, la pobreza y el comunismo, pero fue sólo en la siguiente década cuando esto pudo ser identificado como una corriente explícita en la política pública de EEUU. Conforme los EEUU se aventuraban más profundamente en Vietnam, la biopolítica y la geopolítica llegaron a estar completamente interrelacionadas. Lyndon B. Johnson dijo en 1967 en el Debate del Estado de la Unión “junto a la conquista de la paz, el gran reto para la familia humana es la carrera entre el suministro de comida y la población” (Robertson 2012: 85). O como James Reston escribió años atrás en *The New York Times*: “lo que puede ser la mayor amenaza a la paz mundial y los estándares decentes de la vida hoy día no es la energía atómica sino la energía sexual”.

Robertson (2012: 85-91) observa que en los años 60 la superpoblación en Asia, América Latina y África se había identificado por los políticos de EEUU como la causa de la pobreza, y la pobreza como la fuente del comunismo. Ellos mantenían que, en su competición internacional con la Unión Soviética y con China, EEUU no se podía permitir perder terreno ni aliados en el Tercer Mundo. Más influyente fue el panfleto de 1954 del activista millonario Hugh Moore, quien inspirándose en los escritos de la post Segunda Guerra Mundial de W. Vogt, Guy Irving Burch y Elmer Pendell llamado *Los caminos de la población hacia la paz y la guerra*, e invocando el *Lebensraum* de los nazis, Moore arguyó que el crecimiento de la población alimenta el consumo humano y, por consiguiente, la escasez que a su vez lleva a la agresión y la guerra. En el período inmediatamente posterior a la guerra, Moore vio esta competición internacional por los escasos recursos como una lucha entre el capitalismo y el comunismo, y presentó un gráfico que pretendía mostrar los vínculos entre el crecimiento de la población y la fuerza del comunismo.

Argumentos como estos reforzaron y suministraron un mecanismo en el corazón de la poderosa “teoría del dominó” según la cual la caída de un pequeño Estado podría llevar a la caída de los adyacentes (e. g. en el sueste de Asia), lo que produciría, finalmente, la caída de otro Estado capitalista más grande, como Japón. Esta teoría justificó la intervención militar de EEUU en Estados pequeños desde Laos a Nicaragua. Ya en 1951, un informe mantenía que “si Burma, Tailandia e Indochina caían, en ellos caería gran parte del suministro normal de comida en India, Pakistán, Ceylan, Indonesia, Japón y Filipinas” (Robertson 2012: 89). Un fracaso al enfrentarse las poblaciones crecientes pronto haría aterrizar el comunismo a las mismas puertas de EEUU, o como el Comité Draper expresó en su último informe de 1959, la limitación de la población en el Tercer Mundo restringiría “las oportunidades de los comunistas en su dominación política y económica” (Robertson 2012: 91). Mientras que el presidente Eisenhower denunció las observaciones de este Comité como algo más allá “de la correcta actividad política o gubernamental o función de responsabilidad”, llegaría a ser una lógica clave para el liderazgo de América en la planificación global familiar en la siguiente década.

Greene señala que la política de contención de la Unión Soviética fue un factor importante sobre cómo EEUU llegó a una posición de liderazgo en la “mundialización de Malthus” (1999: 112). Según la interpretación de Greene, la estrategia de contención ejemplifica lo que antes hemos llamado una biogeografía del territorio tanto como una biopolítica de la población. Respecto a lo primero, vincula la salud de los EEUU con la prevención de “patologías revolucionarias” en “la periferia”, las cuales tenían su origen en la crisis de la población del Tercer Mundo (Greene 1999: 149). Las patologías revolucionarias amenazaban la seguridad de EEUU al ofrecer aperturas a la Unión Soviética, o al presagiar una guerra entre el centro rico y la poblada periferia. En lo que respecta a la biopolítica de la población, esta estrategia de contención contribuyó a hacer de EEUU el líder mundial en la promoción de programas de planificación familiar en el Tercer Mundo entre 1965 y 1972.

LA POBLACIÓN Y EL NACIMIENTO DEL ECOLOGISMO MODERNO

Las preocupaciones malthusianas sobre la superpoblación global eran una condición para la formación del movimiento ecologista moderno en EEUU y en otros lugares desde los años 60. Tan discordante como pueda sonar esto a los oídos contemporáneos, las preocupaciones ecologistas que cristalizaron en el primer Día de la Tierra en EEUU (22 de abril de 1970), en el cual 20.000.000 de

personas pudieron haber participado, estaban alineadas de forma muy estrecha con la cuestión de la población (Robertson 2012: 2-3). Un ejemplo muy a la mano del nexo entre ecología y población es el trabajo de 1968 del biólogo de Standford Paul Ehrlich, *La bomba de la población*. El argumento principal del libro era que las causas últimas de casi todos los problemas sociales, económicos y ecológicos contemporáneos eran la superpoblación y el aceleramiento en el crecimiento de la población. En su prólogo habló “del cáncer del crecimiento de la población” que debía ser tachado de nazi a la vista de hambrunas inminentes y eco-catástrofes (Ehrlich 1978: xi-xii). El patrocinador político del Día de la Tierra, el Senador Gaylord Nelson, puso un artículo de Ehrlich llamado “Eco-catástrofe” en el Registro del Congreso en el mismo mes que ese evento (Robertson 2012: 3). Ehrlich consideró su diagnóstico de la necesidad de control inmediato de la población mundial como emparentado con su apoyo anterior al movimiento por los derechos civiles y las preocupaciones de conservación, inspiradas en parte por Rachel Carson en su *Primavera silenciosa*, y presentado conscientemente como liberal en el sentido americano de progresista (Robertson 2012: 130-136).

Para Ehrlich, el vínculo crucial entre población y ecología estaba contenido en el concepto de “capacidad de carga”, concepto con una larga trayectoria. Este concepto establece de hecho el puente entre la economía política y la ecología. Fue formulado por primera vez por los matemáticos belgas Adolphe Quetelet y Pierre Verhulst en los años 1830, y se refería al máximo de población que un área específica podría mantener bajo ciertas condiciones (Greene 1999: 160). Su genealogía incluye la curva de Verhulst sobre el crecimiento de la población basado en las moscas de la fruta “a través del desarrollo de la biodemografía”, hasta la bio-ecuación de Vogt de $C=B:E$, donde es la capacidad de carga (C) la ratio entre potenciales bióticos (B) y la “resistencia ecológica” (E) (Greene 1999: 160-2). Mucho antes de finales de los 60, entonces, el concepto de capacidad de carga hizo posible el vínculo entre el crecimiento del número de seres humanos y la ecología global. Como Ehrlich resume en una conferencia de 1967, “este planeta es una nave espacial con escasa capacidad de carga” (Robertson 2012: 150).

Las metáforas y las imágenes espaciales del nuevo movimiento están, de hecho, hablando. Ehrlich no fue el primero en usar la expresión “bomba de población”; de hecho, fue el título de un tratado de Hugh Moore de 1954, que planteaba que el crecimiento de la población era tan peligroso como la explosión de la bomba H (Robertson 2012: 89), y que en 1966 había alcanzado su décimo tercera edición. Otro fue una serie de ilustraciones sobre la tierra casi completamente llena de gente, bien pegados unos a otros o cayendo al espacio, que fueron usadas

ampliamente para promover el Día de la Tierra (Robertson 2012: 3). La metáfora de la Tierra como una nave espacial no hay duda que alude tanto a la exploración del espacio como a las nuevas imágenes de la Tierra desde el espacio, las cuales crearon la idea de la Tierra como un recipiente con recursos limitados y como un destino común (Robertson 2012: 150-151).

Si bien no debemos sobreestimar la importancia del libro de Ehrlich, el cual vendería más de 2.000.000 de copias, este pertenece a una genealogía que incluye trabajos populares de Vogt de la postguerra, y también la defensa del Director General de la UNESCO, Sir Julian Huxley (Greene 1999: 161-165). Ehrlich no fue ni el único ni el más extremo de sus contemporáneos maltusianos ecologistas. Este honor se debe probablemente al biólogo Garreth Hardin de la Universidad de California-Santa Bárbara, y a su artículo en *Ciencia*, “*La tragedia de los comunes*” representó una “defensa filosófica de la coerción, tan influyente especialmente en los círculos ecologistas que fue llamada la ‘Carta Magna’ del control obligatorio sobre la población” (Robertson 2012: 153).

Ehrlich marca dos importantes retos para las articulaciones existentes de los *dispositivos* de población: uno, la primacía del desarrollo como la solución a largo plazo para la pobreza y, dos, la inversión del eje de problematización hacia los ricos, la población blanca. Ehrlich hizo esto argumentando que la transición demográfica se podría alcanzar a expensas de crear una población más rica y altamente consumista, como aquellas desarrolladas en occidente, que ya cooptan a mucho más que su justa participación de la riqueza mundial de minerales y energía... y porque han excedido la capacidad de su medio ambiente para deshacerse de sus desechos (Greene 1999: 183). Además, la transición demográfica sólo augura tasas de crecimiento lento que aún podrían ser catastróficas, y Ehrlich sostiene, y sigue sosteniendo, “*ningún índice de crecimiento puede mantenerse a largo plazo*” (el énfasis es original, 1978: 8; Ehrlich y Ehrlich 2009).

La necesidad de controlar la población y el sentido de los radicales límites de los recursos y los problemas ecológicos, por al menos un corto tiempo, fue la corriente general en los debates políticos y los movimientos sociales radicales. Las administraciones demócratas y republicanas de Johnson y Nixon abrazaron el liderazgo de los EEUU en el control global de la población en la forma de la planificación familiar. El incipiente movimiento ecologista vio el crecimiento cero de la población como la llave para proteger el medio ambiente (el crecimiento cero en sí mismo llegó a ser un ala que creció rápido dentro del movimiento ecologista). El feminismo de finales de los años 60 vio el acceso al

aborto y los anticonceptivos, sustentado como iniciativas de planificación familiar, como una liberación para las mujeres de la maternidad obligatoria. Sin embargo, como estos relatos de la historia señalan otra vez, esta amplia alianza sería pronto objeto de retos: desde afro-americanos que vieron la atención en el control de la población como políticas genocidas dirigidas contra minorías raciales; feministas que ahora defendían la autonomía reproductiva y el empoderamiento contra el control médico del cuerpo de las mujeres implicado en las políticas de población cero; hasta por los anti-colonialistas, que vieron a los ecologistas maltusianos como otro ejemplo del objetivo imperialista hacia los pobres, las poblaciones no-blancas del sur, y particularmente, las mujeres, por parte de blancos ricos del norte y de hombres expertos; y, finalmente, por todos aquellos que podrían señalar que había diferentes clases sociales (primera clase para algunos, tercera clase para la gran mayoría) a bordo de la nave espacial llamada Tierra. Estas fuerzas “progresistas” se unirían con las conservadoras: grupos religiosos, incluyendo la Iglesia Católica Romana, que se opusieron a todas las formas “artificiales” de anticonceptivos y a las abortistas de EEUU. No hay duda tampoco, que el intento por adaptar el mensaje, particularmente por Ehrlich, de centrarse en los blancos, la población rica y así restarle al “burgués” su “derecho a la procreación como una marca cultural distintiva” (Greene 1999: 180), contribuiría a enmendar esta alianza política.

Una crítica más fundamental a los ecologistas maltusianos fue suministrada por el neoliberal “colectivo de pensamiento” (Mirowski & Dlehwé 2009), y particularmente por la administración Reagan durante la conferencia de 1984 en México D.C. Friedrich Hayek (1978) había ya criticado el informe *Limites del crecimiento* del Club de Roma como una forma de pseudo-ciencia al aceptar el Premio Nobel de Economía en 1974. En la conferencia de 1984, EEUU mantuvo que el crecimiento de la población era esencialmente un “fenómeno neutral” y que, a menudo, el crecimiento de la población era un elemento esencial en el progreso económico (Greene 1999: 212-13). El auténtico villano era “el estatismo económico” o “el control gubernamental de las economías”, el cual distorsionaba los patrones de incentivos y recompensas y condujo a crisis localizadas del crecimiento económico (Greene 1999: 209). Como consecuencia de las políticas de ajuste estructural que eran la condición de acceso para las naciones endeudadas al capital, al mismo tiempo, EEUU propuso una internacionalización de trabajo y capital (en contra de los planes de modernización que constituyen una nación), como camino para el crecimiento económico y la transición demográfica. Podría incluso tratar de marginar el ala ecologista del movimiento de la población como una forma de “anti-intelectualismo”; en una repetición del

“pretensión del conocimiento” de Hayek, con la caracterización general del ecologismo de población como anti-ciencia, anti-tecnología y progreso anti-material (Greene 1999: 211-212).

La respuesta neoliberal al ecologismo de población puede perentoriamente ser visto como el final de la historia del Efecto Malthus y la definitiva disociación entre las preocupaciones por la población y las formas de gobierno (neo-) liberal. Sin embargo, éste no es el caso. Los años siguientes a la intervención de EEUU en Ciudad de México, observamos un gran número de superficies de emergencia que soportan la marca del principio de población de Malthus. Nosotros mencionaremos sólo tres.

El primero está relacionado con *la población y la sostenibilidad*. Esto fue publicado por primera vez en el informe de la Comisión Brundtland en 1987, la Comisión mundial sobre medio ambiente y desarrollo (Greene 1999: 217-19). La idea del desarrollo sostenible surge como una forma de mediación entre tres vectores y conjuntos de fuerzas: las estrategias pro desarrollo asociadas con los movimientos no alineados; los EEUU desplazaron el foco sobre un régimen neoliberal de acumulación de capital; y la problemática ecologista de crecimiento poblacional. Esto queda claro en 1996 con el informe del Consejo para el Desarrollo Sostenible del presidente Bill Clinton. En un sentido, el desarrollo sostenible era ya una posibilidad en la imagen de la nave espacial Tierra, prestando como se hizo “el ideal de una cápsula espacial ecológicamente suficiente y tecnológicamente eficiente” (Höhler 2013: 21).

Segundo, está la relación entre *la población y la reforma del bienestar*. Las preocupaciones maltusianas resurgen en su terreno conocido, el del gobierno de la pobreza. Desde los años 80, lo que podría llamarse “la reforma del bienestar social”, busca dirigir los gastos en bienestar social, transformar los recursos públicos centralizados en algo más parecido al mercado, formas locales y sociedades colectivas y, sobre todo, transformar el carácter y la conducta de aquellos que reciben ayuda pública (Soss y otros, 2011). La “Dependencia de Bienestar” fue dirigida en la OCDE hacia la “sociedad activa” (Dean 1995). En EEUU uno de los hitos en la legislación era la ley de 1996 sobre Responsabilidad personal, trabajo y reconciliación, la cual combatía una “cultura de ayudas sociales” (de derecho) que fomentaba una “cultura de la pobreza” y una “sub-clase”. Aquí observamos la continua e intensificada atención sobre la reproducción y los rasgos de la crianza de los hijos en la vida de los pobres y la estimulación dada a los mismos a procrear bajo la creencia en el derecho a las ayudas públicas. En los EEUU esto implicaba una particular atención sobre “el

bienestar de la madre” como un concepto que condensaba una concepción de la pobreza sexuado y racializado en el corazón de estas problematizaciones. Irónicamente, en el mismo momento que el imaginario político ya no estaba relacionado con “la bomba de la población”, Malthus volvió a casa, particularmente en EEUU, para ayudar a los legisladores a redescubrir los problemas centrales de los pobres en el sentido en que el bienestar fomentó una tendencia a tener hijos fuera del matrimonio y a eximir de responsabilidad a los padres de esos hijos; el complemento del “bienestar de la madre” era el “padre ausente” que evita ayudar al hijo.

El tercer caso es la relación entre *población e inmigración*. A principios del siglo XX, los biólogos maltusianos como Lothrop Stoddard “crearon el pánico demográfico acerca del suicidio de la raza y la degeneración nacional” (Greene 1999: 232). A finales del siglo XX, el maltusianismo racial había sido reemplazado por el maltusianismo cultural, como el que se encuentra en Lawrence Auster en *El camino hacia el suicidio nacional. Un ensayo sobre inmigración y multiculturalismo*. Aquí, un nuevo discurso sobre la degeneración nacional apareció de sus ensayos abiertamente raciales, un nuevo discurso elaborado en relación con los inmigrantes del Tercer Mundo, responsable de reproducirse más rápido que la población autóctona y de diluir la cultura y la identidad nacional. Esto lleva a cosas tales como la pérdida del lenguaje común, la demonización del hombre blanco y la promoción del victimismo. La inmigración colapsa pues la capacidad de instituciones como las escuelas públicas y la policía, y resulta en la pérdida efectiva de la soberanía de EEUU sobre bandas criminales compuestas de extranjeros en lugares como en *Washington Heights* de Nueva York, o los “asesinatos interraciales en grandes ciudades, como se ejemplificó en los disturbios de Los Ángeles” (Auster 1993: 7). Al mismo tiempo, los maltusianos verdes como Virginia Abernathy (1993) mantenían que la inmigración incrementa las tasas de fertilidad no sólo de los inmigrantes sino también de aquellas poblaciones que permanecen en casa. Casi este mismo argumento repiten los opositores de Malthus sobre la inmigración en Gran Bretaña en el siglo XIX, porque conllevaba sólo beneficios a corto plazo y animaba a los que permanecían en casa a casarse más jóvenes y a tener hijos. La misma coyuntura en la cual los neoliberales criticarían las ideas ecologistas del desarrollo bajo fundamentos de población; el problema de la población resurge en una biopolítica de contornos raciales que busca una regulación disciplinaria de los pobres nativos y la introducción de una “fuerte contención”, incrementando la política de soberanía en las fronteras dirigida a los inmigrantes ilegales, los que buscan asilo y los refugiados.

La preocupación maltusiana por la población como el equilibrio inestable entre su crecimiento y los recursos ambientales, ha demostrado una notable presencia durante más de dos siglos. Desde su enunciación por Malthus a finales del siglo XVIII para combatir las teorías sobre la perfectibilidad humana encontradas en Godwin y Condorcet, ha mostrado una capacidad para asumir diferentes disfraces en lo político, epistemológico y normativo. En un momento en la segunda mitad del siglo XX, reunió, por un lado, a importantes partidos políticos en EEUU y, por el otro, a incipientes movimientos progresistas y feministas que eran capaces de movilizar millones de activistas. La problematización maltusiana sobre la población global presidió el nacimiento del moderno movimiento ecologista. En el siglo XIX, el principio de Malthus fue un paradigma tanto para la economía política como para la biología evolutiva; en el siglo XX, fue el paradigma para la biodemografía y los sistemas ecológicos. El crecimiento de la población, o superpoblación, ha sido considerado como la causa de prácticamente todas las enfermedades sociales, culturales y económicas, elemento esencial para la modernización y el desarrollo, y también como fundamentalmente neutral. La regulación sobre la población, ya nombrada “control sobre la población” o después, como respuesta a las feministas y a las críticas postcoloniales “salud reproductiva” (Rao 2004), ha sido un modo fundamental de identificar e implementar el cambio cultural necesario entre la gente pobre a nivel nacional e internacional, una clave para las estrategias de desarrollo. La temática maltusiana ha tomado en el siglo XIX formas anti-estáticas en relación con la abolición de las ayudas públicas y, ya en el siglo XX, formas de estatismo nacional en la demanda del control sobre la población.

CONCLUSIÓN

La noción de genealogía en Foucault rechaza la pureza de los orígenes pero enfatiza las condiciones de emergencia de una figura particular, ya sea la clínica, la prisión o, sobre todo, el arte liberal de gobierno. Respecto a esto último, podemos decir que él identifica un paradigma o un ejemplo que continúa dando forma a cómo podemos pensar la continuidad y los rasgos distintivos del arte de gobierno hoy. Pero aquí hemos encontrado un segundo paradigma del gobierno liberal, el cual tiene el gobierno de la vida en su mismo centro. Aquí, tenemos un gobierno que no está interesado en gobernar a través de la libertad encontrada en la sociedad civil, sino hacer responsables a los portadores de formas concretas de vida visto el orden eterno y natural de la vida misma, en el cual la economía no es un freno en la optimización de la vida sino su racionalidad y su medio, el cual

se hace operativo no por la armonía al perseguir el propio interés, sino la inminencia por la inminencia de la catástrofe que surge del lugar del hombre en la biosfera. Lo que está en juego no es simplemente el vínculo entre el gobierno liberal y las dinámicas de población respecto a varias formas de política sobre la vida (incluyendo las “políticas vitales” de los ordoliberales) que Foucault reconoce en sus conferencias sobre gobierno. Más aún, el segundo paradigma hace posible seguir el arco de la *genopolítica*. El concepto aquí podría no referirse a la base genética de la conducta política, sino a la manera en que los hombres eligen la reproducción y actúan como individuos, como poblaciones y como especie, estando adscrito a aspiraciones políticas y económicas. Desde la segunda mitad del siglo XX, los seres humanos tomarían la forma futura y la especie humana entera en el planeta como una preocupación del gobierno. En la base de esta genopolítica, ahora sería posible cuestionar la sostenibilidad de la misma especie humana. En el mismo centro de esta genopolítica hay mucho más que un “*dispositif*” de seguridad que se encarga de las fluctuaciones descubribles en la población. Es la problematización recurrente de la misma capacidad reproductiva de la especie humana. Es la atención sobre esto último lo que prueba la duradera y recurrente característica de las diferentes formas de gobierno liberal. Es esto lo que se ha omitido, si no completamente desaparecido, en la explicación de Foucault sobre el gobierno de la población.

Las preocupaciones sobre la población no han desaparecido en las agendas de salud y ecología global. Como Johns y Fairchild señalaron: “el delicado asunto del desenfrenado crecimiento de la población humana en el mundo en vías de desarrollo y cómo la comunidad internacional puede reducirlo –está avanzando paso a paso al discurso sobre salud global” (2011: 98)–. Ellos citan nuevos argumentos sobre seguridad según los cuales este crecimiento de la población sin control en los países pobres lleva a una superabundancia de hombres jóvenes, de este modo aumenta la probabilidad de conflictos de sangre. Argumentos ecológicos que pretenden solucionar el “exceso ecológico” de la India con la “única solución conocida” del control de la población. El economista Jeffrey Sachs (2008) ha repetido recientemente los argumentos demográficos a los países ricos para que animen al control de la población entre los agricultores de subsistencia sub-saharianos. En el Reino Unido, el presentador de televisión y naturalista Sir David Attenborough, se ha convertido en el patrocinador de un lobby que se encarga del control de la población, *Asuntos Poblacionales*, que obtuvo cierta notoriedad al declarar que “el ser humano es una plaga para la Tierra” (Gray 2013).

Más ampliamente, Conelly sostiene que las políticas sobre la crisis de la población forjaron un cierto tipo de plantilla para otras “crisis globales como el Sida y la crisis sobre el clima” (2010: 87). “En cada caso”, él mantiene, “un problema global requiere una solución global, empezando con las nuevas instituciones que pueden representar a toda la humanidad”. Los individuos están hechos para controlarse a sí mismos de acuerdo a unas normas globales, aunque con diferentes implicaciones para diferente tipo de gente. Podemos decir que Malthus identificó una forma de gobierno que señala la inminencia de sucesos catastróficos como un rasgo de la relación del ser humano con la biosfera, en la intersección entre las preocupaciones de la biopolítica, la bioeconomía y la bioseguridad, y que ha actuado como un paradigma para la innovación del gobierno para otros países. Hoy en día, las catástrofes constituyen un extremo, el “punto de inflexión”. Si hay un continuum en el que se puede ubicar, el punto de inflexión es una parada antes de la aniquilación y la extinción (Ardau & van Munster 2011: 5), pero para Malthus, la humanidad siempre existió de antemano como un tipo de punto de inflexión referido al desequilibrio fundamental entre la población y los recursos relacionados con la alimentación. Hoy, la comida es menos probable que sea pensada como un conjunto de procesos naturales que como un sistema complejo (modelada ella misma a veces sobre sistemas ecológicos, como propuso por primera vez Friedrich Hayek [1967]); hay nuevos límites para la vida en el planeta, no simplemente los modos de subsistencia sino sobre la misma sostenibilidad de la vida misma. Las soluciones o respuestas es probable que sean referidas en términos de precaución y anticipación más que como previsión, aunque la prudencia, el ahorro y el trabajo duro siguen estando entre las virtudes atribuibles o negables a los individuos y a las naciones. Y las poblaciones siguen siendo exhortadas a controlar su reproducción. Aún así, este temprano paradigma maltusiano demarca el espacio confuso y las borrosas fronteras entre la biología, la economía y el arte de gobierno de formas específicas de vida, y coloca la anticipación de las catástrofes en el centro mismo.

Mi intención aquí no es que se ignoren los elementos de una compleja genealogía de la cual Malthus es sólo una, aunque clave, figura. Sin embargo, las preocupaciones maltusianas son un paradigma para el gobierno liberal que coloca el gobierno de la vida en su mismo centro; uno que atiende en ambos sentidos a la economía y la biología, pero que existe en un punto de indistinción entre ambos. Mi conclusión, que es un resultado inesperado a partir de esta investigación, es que Foucault fracasa al intentar alcanzar la comprensión del gobierno *contemporáneo* de la vida precisamente porque él niega el caso paradigmático en la formación de las tempranas artes de gobierno *liberal*.

La figura maltusiana indica un paradigma diferente del arte liberal de gobierno respecto del propuesto por Foucault y derivado de la Ilustración escocesa del siglo XVIII. Más que un gobierno a través de intereses armonizados por una mano invisible, o a través de la libertad de sujetos en una sociedad civil histórico-natural, hay un gobierno de la vida que conecta el orden general de la vida con sus formas concretas, que busca gobernar potencialmente sobre sujetos responsables que viven en un territorio confinado, cargados con un cuerpo reproductor y trabajador, condenados a ser libres y enfrentados a un trabajo duro y sin tregua. Este gobierno de la vida busca gobernar mediante la previsión y la responsabilidad, más que sobre la libre elección, y busca armonizar los sujetos y las poblaciones, las cuales pueden ejercitar dicha previsión y pueden albergar dicha responsabilidad. Hoy, los actos individuales de procreación han sido hechos para mostrar responsabilidad por la sostenibilidad del planeta y el futuro de la especie humana al completo.

Si tomamos en serio el Efecto Malthus sobre la formación y las operaciones continuadas de las formas de gobierno liberal, esto último no puede simplemente ser caracterizado como un gobierno de los efectos beneficiosos de la persecución de los propios intereses, sino más bien una forma de gobierno entre ciertos límites, y bajo la trágica sombra del inminente y recurrente evento, de las catástrofes que siempre son una forma de bio-catástrofe. Uno de los legados más duraderos del gobierno liberal de la vida para el gobierno contemporáneo es nuestra incapacidad para pensar y actuar fuera de este marco catastrófico y relacionar no sólo cuestiones ecológicas, sino también asuntos de salud pública, crisis económicas, política social e inmigración. Deberíamos estar vigilantes en relación con lo que pasa cuando las cargas de la solución a estos problemas globales continúan cayendo desproporcionalmente sobre los más vulnerables.

BIBLIOGRAFÍA

- ABERNATHY, V. (1993): *Population politics: The choices that shape our future*, New York, NY, Plenum Press.
- AGAMBEN, G. (2009): *The signature of all things: On method* (L. D'Isanto & K. Attell, Trans.), New York, NY, Zone Books.
- ARADAU, C. & VAN MUNSTER, R. (2011): *Politics of catastrophe: Genealogies of the unknown*, London, Routledge.

- AUSTER, L. (1993): *The path to national suicide: An essay on immigration and multiculturalism*, Annandale, VA, American Federation to Control Immigration.
- BASHFORD, A. (2012): “Malthus and colonial history”, *Journal of Australian Studies*, 36(1): 99–110.
- COALE, A. J. & HOOVER, E. M. (1958): *Population growth and economic development in low income countries: A case study of India's prospects*, Princeton, NJ, Princeton University Press.
- CONNELLY, M. (2008): *Fatal misconception: The struggle to control world population*, Cambridge, MA, Belknap Press of Harvard University Press.
- CONNELLY, M. (2010): “Author response: All biopolitics is global”, *History and Technology*, 26(1): 85–88.
- DARWIN, C. (1958[1887]): *The autobiography of Charles Darwin*, New York, NY, Norton.
- DEAN, M. (1991): *The constitution of poverty: Toward a genealogy of liberal governance*, London, Routledge.
- DEAN, M. (1992): “A genealogy of the government of poverty”, *Economy and Society*, 21(3): 215–251.
- DEAN, M. (1995): “Governing the unemployed self in an active society”, *Economy and Society*, 24(4): 559–583.
- DEAN, M. (2010): *Governmentality: Power and rule in modern society* (2nd ed.), London, Sage.
- DEAN, M. (2013): *The signature of power: Sovereignty, governmentality and biopolitics*, London, Sage.
- EHRlich, P. R. (1978): *The population bomb* (Revised ed.), New York, NY, Ballantine Books.
- EHRlich, P. R. & EHRlich, A. H. (2009): “The population bomb revisited”, *Electronic Journal of Sustainable Development*, 1: 64–71. Recuperado de <http://www.ejsd.org>
- FLEW, A. (1982): “Introduction”, en T. R. MALTHUS, *An essay on the principle of population*, Harmondsworth, Penguin, pp. 7–56.
- FOUCAULT, M. (1970): *The order of things: An archaeology of the human sciences* (A. M. Sheridan, Trans.), Londres, Tavistock.
- FOUCAULT, M. (1979): *The history of sexuality, vol. 1: An introduction* (R. Hurley, Trans.), London, Allen Lane.

- FOUCAULT, M. (2003): *Society must be defended: Lectures at the Collège de France, 1975–1976* (D. Macey, Trans.), New York, NY, Picador.
- FOUCAULT, M. (2007): *Security, territory, population: Lectures at the Collège de France, 1977–1978* (G. Burchell, Trans.), Londres, Palgrave.
- FOUCAULT, M. (2008): *The birth of biopolitics: Lectures at the Collège de France, 1978–1979* (G. Burchell, Trans.), London, Palgrave.
- GRAY, L. (2013, January 22): “David Attenborough: Humans are plague on Earth”, *Daily Telegraph*. Recuperado de <http://www.telegraph.co.uk>
- GREENE, R. W. (1999): *Malthusian worlds: U.S. leadership and the governing of the population crisis*, Oxford, Westview Press.
- HAUB, C. & SHARMA, O. P. (2006): “India’s population reality: Reconciling change and tradition”, *Population Bulletin*, 61(3): 3–23.
- HAUSER, P. (ed.) (1958): *Population and world politics*, Glencoe, IL, Free Press.
- HAYEK, F. (1967): “The theory of complex phenomena”, en F. HAYEK, *Studies in philosophy, politics and economics*, Londres, Routledge and Kegan Paul, pp. 22–42.
- HAYEK, F. (1978): “The pretense of knowledge”, en F. HAYEK, *New studies in philosophy, politics, economics and the history of ideas*, Londdres, Routledge and Kegan Paul, pp. 23–34.
- HODGES, S. (2004): “Governmentality, population and the reproductive family in modern India”, *Economic and Political Weekly*, 39(11): 1157–1163.
- HODGES, S. (2010): “Malthus is forever: The global market for population control”, *Global Social Policy*, 10(1): 120–126.
- HOHLER, S. (2013): “Of boats and beds”, *H-Environment Roundtable Reviews*, 3(3): 16–21.
- JOHNS, D. & FAIRCHILD, A. (2011): “Fatal misconception, the struggle to control world population”, *Global Public Health*, 6(1): 98–101.
- KUHN, T. (1996): *The structure of scientific revolutions* (3rd ed.), Chicago, IL, University of Chicago Press.
- MALTHUS, T. R. (1804): *An essay on the principle of population* (Revised ed.), London, Ward, Lock and Co.
- MALTHUS, T. R. (1982[1978]): *An essay on the principle of population*, Harmondsworth, Penguin.

- MIROWSKI, P. & PLEHWE, D. (Eds.) (2009): *The road from Mont Pèlerin: The making of the neoliberal thought collective*, Cambridge, MA, Harvard University Press.
- MURPHY, M. (2010): "Technology, governmentality and population control", *History and Technology*, 26(1): 69–76.
- POYNTER, J. R. (1969): *Society and pauperism: English ideas on poor relief 1795–1834*, London, Routledge and Kegan Paul.
- PROCACCI, G. (1978): "Social economy and the government of poverty", *Ideology and Consciousness*, 4: 55–72.
- PROCACCI, G. (1993): *Gouverner la misère: La question sociale en France (1789–1848)*, Paris, Seuil.
- RAO, M. (2004): *From population control to reproductive health: Malthusian arithmetic*, Londres, Sage.
- RICARDO, D. (1951): "Essay on the influence of a low price of corn on the profits of stock", en P. SRAFFA & M. H. DOBB (eds.) *The works and correspondence of David Ricardo* (vol. 4), Cambridge, Cambridge University Press, pp. 9–41.
- ROBERTSON, T. (2012): *The Malthusian moment: Global population growth and the birth of American environmentalism*, Brunswick, NJ, Rutgers University Press.
- ROSE, N. (1985): *The psychological complex: Psychology, politics and society in England 1869–1939*, Londres, Routledge and Kegan Paul.
- ROSE, N. (1999): *Powers of freedom: Reframing political thought*, Cambridge, Cambridge University Press.
- SACHS, J. (2008): *Common wealth: Economics for a crowded planet*, New York, Penguin.
- SOSS, J., FORDING, R. C. & SCHRAM, S. F. (2011): *Disciplining the poor: Neoliberal paternalism and the persistent power of race*, Chicago, IL, University of Chicago Press.
- TELLMANN, U. (2013): "Catastrophic populations and the fear of the future: Malthus and the genealogy of liberal economy", *Theory, Culture & Society*, 30(2): 135–155.
- TRIBE, K. (1978): *Land, labour and economic discourse*, Londres, Routledge and Kegan Paul.

Recibido: 5 de mayo de 2015

Aceptado: 22 de junio de 2015

Mitchell Dean es profesor de Gobernanza Pública en la Copenhagen Business School (Dinamarca), y profesor de Sociología en la Universidad de Newcastle (Australia). Es autor, entre otros, de *Governmentality: Power and rule in modern society* (2nd ed., Sage, 2010). Su libro más reciente es *The signature of power: Sovereignty, governmentality and biopolitics* (Sage, 2013). Entre sus libros anteriores, podemos citar *The constitution of poverty: Toward a genealogy of liberal governance* (Routledge, 2011 [1991]), *Governing societies: Political perspectives on domestic and international rule* (Open University Press, 2007) y *Critical and effective histories: Foucault's methods and historical sociology* (Routledge, 1994). Es editor junto con Barry Hindess de *Governing Australia: Studies in contemporary rationalities of government* (Cambridge University Press, 1998). md.mpp@cbs.dk